



Punto de vista

Lluís Bertran i Saura

Director de gestión y políticas públicas
Centro de Estudios Económicos y Sociales

Indignados y acampadas

El pasado 15 de mayo, las plazas más emblemáticas de las ciudades de toda España fueron ocupadas por ciudadanos que se mostraban indignados por la situación política y económica del país: que si los causantes de la crisis (banca y grandes poderes económicos) se han enriquecido vergonzosamente a costa de las clases medias y bajas; que si los mercados financieros mandan sobre los gobiernos; que si hay que echar a la actual clase política por permitir esta situación, por ser complacientes con la corrupción y por impedir la democracia interna en los partidos... Estos argumentos, según su punto de vista, serían suficientes para formular una enmienda a la totalidad al sistema democrático, a partir de la alegación que no es realmente democrático. «Democracia real, ya», gritan.

Quizá deberíamos recordar que la democracia es el mejor instrumento del que disponemos para ordenar la convivencia de forma pacífica; que la democracia tal y como la conocemos ha sido y sigue siendo el anhelo de millones de personas de todo el mundo que viven bajo la bota de un tirano, una casta o una junta militar; que es en democracia como se garantizan los derechos fundamentales y las libertades de las personas; que la democracia es un presupuesto para la paz y el bienestar económico y social; y que llegar hasta aquí ha costado siglos de lucha a favor de la dignidad de las personas.

Ahora bien, eso no significa que los políticos tengan que ignorar esta explosión de protesta. Todo lo contrario, deberían captar el mensaje de que hay que profundizar en la economía social de mercado, religando indisociablemente los aspectos sociales y los económicos; que tiene que haber tolerancia cero

con la corrupción; que hay que hacer una política coherente que la ciudadanía pueda entender; que hay que dirigir la política hacia un discurso constructivo y vertebrador de la sociedad más que hacia la descalificación chapucera del adversario; que en momentos de crisis la oposición parlamentaria ha de ayudar al Gobierno; y que hay que valorar las grandes ventajas de nuestro sistema político, económico y social, no sea el caso de que, a base de darlas por supuesto, las despreciemos.

Respecto al derecho de acampar indefinidamente en una plaza pública, escuché hace unos días un interesantísimo debate en la Cámara de los Lores del Parlamento británico. Lord Cormack defendía la prohibición de este tipo de acampada en Parliament Square por tratarse de un lugar de valor monumental y lugar de inspiración para todos los demócratas del mundo. Al contrario, Lord Desai defendía que Parliament Square, como referente de los valores democráticos, tenía que estar abierta a acampadas de protesta. Más allá de este debate concreto, lo que sí es exigible en un Estado de Derecho es que sólo se permita la acampada en la vía pública cuando este uso privativo esté amparado por la ley.



Para acabar, una referencia obligada a las coacciones verbales y físicas llevadas a cabo por indignados contra los diputados y diputadas del Parlamento de Cataluña, trabajadores, medios de comunicación, y Mossos d'Esquadra: la violencia y la intimidación deslegitiman cualquier causa, y no hay nada tan antidemocrático como utilizar la violencia y la intimidación con la intención de impedir una reunión de los representantes democráticos del pueblo en sede parlamentaria.



Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova

Deán del Capítulo Catedral de Barcelona

Un programa de vida: las Bienaventuranzas

El peregrino a Tierra Santa conserva un recuerdo íntimo y casi inefable de los lugares donde permanece el recuerdo especial del Señor. Entre los santos lugares, está la montaña de las Bienaventuranzas. Un tranquilo paraje junto al mar de Galilea. Un intenso mensaje que, en medio de la belleza, es el pilar de la vida cristiana.

Los estudiosos de la Biblia explican que las Bienaventuranzas, con el Sermón de la Montaña, son la Carta Magna —la Constitución— del Reino de los cielos. Un magnífico programa. Es tan hermoso que uno no sabe si tanta belleza —que es bondad— es inalcanzable. ¿Quién será capaz de alcanzar la pobreza espiritual, la aflicción, la misericordia, el hambre de justicia y santidad, la limpieza de corazón, la persecución a causa de la fe en Jesús?

Las Bienaventuranzas no son una nueva ideología. El Santo Padre ha dicho que las Bienaventuranzas son

«una enseñanza que viene desde lo alto y toca la condición humana, justamente aquella condición que el Señor, encarnándose, ha querido asumir, para salvarla». Por eso «el Sermón de la Montaña se dirige a todo el mundo, en el presente y en el futuro... y sólo puede ser comprendido y vivido en el seguimiento de Jesús, caminando con Él».

«Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida para liberarse de los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes presentes y futuros. Cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia, seca las lágrimas de los afligidos, significa que, además de recompensar a cada uno de modo sensible, abre el Reino de los Cielos... Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia de los discípulos. Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte para dar la salvación a los hombres.»

Benedicto XVI cita estas palabras del eremita Pedro de Damasco: «Las Bienaventuranzas son dones de Dios y debemos darle gracias por éstas y por las recompensas que se derivan, es decir, el Reino de los Cielos en el siglo futuro, la consolación aquí, la plenitud de todo bien y misericordia por parte de Dios..., cuando uno se ha convertido en imagen de Cristo sobre la tierra.»

El escrito acaba recordando cómo el Evangelio de las Bienaventuranzas se comenta con la historia misma de la Iglesia, la historia de la santidad cristiana.

A propósito de...



P-J Ynaraja

Capellán del Montanya
(ynaraja@ynaraja.e.telefonica.net)

Monitorizado

Antes, la evolución personal tenía señales exteriores. El chico llevaba pantalón corto hasta cierta edad, le sucedía el bombacho o de golf, para quedarse definitivamente en el largo. Alterar este proceso no era fácil. Un chiquillo con pantalón largo podía parecer un payaso y a un joven con corto, considerársele indecente. Era una de las cosas que molestaba a gente bienpensante, respecto al del uniforme *scout*. La manera de vestir condicionaba a su vez. El uniforme del soldado le permitía perder su identidad conocida en su población y comportarse incorrectamente donde nadie sabía quién era. Las chicas se mantenían al margen de los chavales. Veían al chico con una cierta indiferencia, hasta sentían una cierta hostilidad, que era precisamente el preámbulo del inicio del enamoramiento. Un sentimiento ingenuo, que sólo las íntimas amigas conocían. Pronto, pandillas de unos y otros empezaban a relacionarse. En el caso femenino, exteriormente, se manifestaba su mudanza, más que por los cambios anatómicos, que, evidentemente se daban, por la evolución del vestido. Calcetines, medias, casi invisible maquillaje y cierto atuendo propio de cada avance. Lo que nunca se hubiera imaginado entonces es la equivalencia de la indumentaria respecto a una adulta. Hubiera sido inimaginable un anuncio que conservo, de una empresa de confección, en que bajo dos figuras, decía: «Vístete como tu hija.» Y es que ahora no es insólito que compartan ropa. Explico esto, que puede sonar a épocas de represión oscurantista, para recordar que estas costumbres conducían y vigorizaban el progreso de la juventud por la vida social. Contar esto no es «políticamente correcto», pero en otros campos se aceptan estas pautas. Se dice que una persona tiene controlados sus achaques o que, en la UCI, el paciente está monitorizado. O que cada hijo, sigue las pautas recomendadas por el psicólogo. El juego, vuelvo a la semana pasada, era una realidad espontánea e incuestionable. A la pelota en los recreos, entre condiscípulos o fuera con los del barrio. Practicarlo adiestraba para tomarse con ilusión los proyectos del futuro. Venían después las aficiones. Coleccionismo, sellos o minerales (en realidad eran prosaicas piedras). Los experimentos de química, entre los que nunca faltaba la pólvora. Algunos nos atrevíamos en el terreno de la fotografía. Recuerdo el primer revelado de un carrito a los 14 años, en un cuarto de baño. Posteriormente se abandonaban también los «juegos de indios» para adentrarse en la aventura de la vida. Una tal trayectoria nos llevaba a ser «seriamente felices». Las lenguas romances tienen una palabra maravillosa, que el castellano ignora. En catalán *joia*, en francés, *joie*, en italiano *gioia*, etc. Correspondería en español, al *júbilo* de los místicos. Es también el alemán *freude*, palabra que significa mucho más que alegría, pese a que así se traduce (pienso en la coral de la 9ª de Beethoven). Éste era mi estado de ánimo al recoger, a los 17 años, mi certificado de bachiller. Con este bagaje, enriquecido por la educación familiar, escolar y catequética, se llegaba a las puertas del matrimonio, que no se franqueaban irresponsable y frívolamente. La boda no es un juego infantil, como lamentablemente ocurre, ni una fiesta para convidar a amistades. Uno puede jugar de pequeño a «papás y mamás» o «a médicos» y recibir la correspondiente reprimenda. Jugar a casarse es una irresponsabilidad y, llegado el caso, demostrar que ha sido puro juego, supone un proceso jurídico ni corto ni fácil.